

Nombre: Pablo Ignacio Ortiz Bascuñán

Edad: 17 años

Curso: 4<sup>to</sup> medio B

Establecimiento: Instituto San Sebastián de Yumbel

Dirección: Aníbal Pinto #615, Yumbel, Región del Biobío

Teléfono: +56967161546

Correo electrónico: pabloiob@outlook.cl

### **Realidades cruzadas**

Trabajar en Carabineros de Chile fue, es y será una labor difícil; o te quieren o te odian o, peor aún, te “apalean” y eso lo sabía muy bien la sargento Llancaleo, -aunque no se dedicaba a aquellas labores precisamente, sino a dirigir el tránsito diariamente a las afueras de un colegio de la ciudad de Yumbel, de lunes a viernes, sin descanso. Sin embargo, era ella la encargada de realizar una charla en la Enseñanza Básica de un establecimiento de la ciudad santuario.

-Una más-, pensaba ella.

No obstante, no sería una más. Su realidad se entrelazaría con la de un ser muy distinto a ella.

Sofía Anna era una joven de 15 años, muy elocuente y participativa, aunque en ella se había ido creando un cierto resentimiento hacia la autoridad, a través de los años, inculcado por hechos que había visto. No tenía padres, ya que cuando ella tenía 7 años, ambos habían sido detenidos por Carabineros al ser descubiertos en posesión de LSD.

Era éste el único recuerdo que tenía de los “hombres de verde” y sin duda... no era grato. No era racional y lo sabía, pero tenía una gran aversión hacia la institución policial...un condicionamiento negativo que nadie se había encargado de corregir. Al menos hasta ahora.

Era una estudiante que a regañadientes había aceptado ir a la charla como todos sus compañeros. Para ella también era “una más” y eso más que hacerle gracia, la molestaba a un nivel poco racional.

Comenzaba la exposición en la que habían niños desde 5 a 17 años y la sargento Llancaleo era la anfitriona. Los temas a tratar en estas exposiciones no habían cambiado mucho a lo largo de los años: tránsito, porte de drogas, extorsión vía web, y un largo etcétera...

Aquí es donde Sofía interviene, pues la charla era “interactiva”:

- ¿Qué sucede si nuestros enemigos son los propios carabineros?.

Eso dio pie a un largo intercambio de explicaciones y preguntas, a fin de cuentas, una acalorada discusión que, a pesar de aquello, terminó con una invitación por parte de la sargento, a conocer la comisaría cuando la menor quisiese.

Pasaron las semanas y un día viernes, finalmente Sofía aceptó ir. Le interesaba pese a todo, puesto que tendría la posibilidad de averiguar qué había sucedido con sus padres, aparte de la traumática escena que recordaba de su infancia.

Entró a las dependencias y el recibimiento del personal fue cálido, muy por el contrario de lo que esperaba la joven; no obstante, aquello no fue

mutuo. Le mostraron todas las instalaciones, pero eso no era lo que realmente le interesaba, aunque de igual forma le prestaba atención.

Llegó el momento de las preguntas y la menor se acerca a la sargento Llancaleo a preguntarle:

- ¿Qué fue lo que sucedió con mis padres?

- ¿Cómo se llamaban? - le respondió.

- Irene Morales y Christian Moena, respondió un tanto tímida.

- Permíteme averiguar en estos archivos, exclamó la sargento, dispuesta a colaborar.

La sargento abre una carpeta con muchos expedientes, algunos de ellos percutidos y ajados por el paso del tiempo.

- Algunos de estos están desde 1990, afirma la sargento, riéndose.

- I.M. y C.M... aquí están, exclama.

El texto rezaba en letras negras, quizás de máquina de escribir:

**“DELITOS: RECEPCIÓN DE ESPECIES – PORTE Y TRÁFICO DE ESTUPEFACIENTES – VIOLENCIA INTRAFAMILIAR”**

Ese último ítem era algo que Sofía desconocía, no lo recordaba, pero su madre siempre sufría vejámenes por parte de “Christian” y ella se desquitaba con su pobre hija. No lo recordaba, ya que ese momento... ese preciso momento en que vio alejarse a sus padres y sentirse en la más absoluta indefensión, le causó tal impacto que sólo quedó con ese recuerdo, el de una “injusta detención” que con el pasar de los años, perdió todo sentido para Sofía Anna.

Los “opresores” o simplemente los “malos”, ahora ya no eran los uniformados, sino aquellos seres a los que ella ciegamente defendió en su mente de niña y cuyos dolorosos recuerdos se plasmaron como tinta indeleble por muchos años; recuerdos que hoy le dejaban la sensación de que sus sentimientos hacia Carabineros nunca fueron racionales, muy por el contrario, carecían de toda objetividad.

Al ver estos expedientes fue asumiendo los hechos como una realidad evidente: los prejuicios la habían consumido en estos ocho años.

Ahora lograba comprender con esa madurez insipiente cómo esos, a quienes creía sus “protectores”, le habían causado tanto daño a gente inocente e irónicamente, a quienes ella consideraba “opresores”, la habían protegido de sufrir un destino nefasto igual al de sus “padres”...

Agradecida por la experiencia, Sofía se retiró a su casa en la que actualmente vivía con su tía; allí lloró...pero no de tristeza, sino que liberó toda la presión de esos sentimientos irracionales a través de una catarsis que le permitió expurgar un odio inmerecido e injusto hacia la figura de Carabineros de Chile.

Sofía nunca había sido una persona “mala ni resentida”, sin embargo, sus verdaderos sentimientos habían estado reprimidos por el rencor y aquel complejo trauma arrastrado desde su más tierna infancia. Sin duda, la sargento Llancaleo, gracias a su elocuencia y carisma, había logrado sacar lo mejor de la menor, aquella faceta oculta que gracias a su acción asertiva, logró cambiar la visión de mundo de una joven que, como muchas otras, agradece desde lo más profundo de su ser a esa gran mujer que hasta el día de hoy, silenciosamente, dicta charlas en ese pequeño colegio de Yumbel.